

A un
paso
de las
estrellas

A small figure of a person in a yellow shirt and dark pants is walking on a white ribbon path that starts at the bottom left and winds through the scene. The path is illuminated from below, creating a soft glow.

DANIELA PALUMBO



GRAN
ANGULAR

A un paso de las estrellas

DANIELA PALUMBO

Traducción de Marta Cabanillas
e Irene Oliva Luque





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carla Balzaretto
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Eduardo Nacarino
Mapa: Francesca Resta

Título original: *A un passo dalle stelle*
Copyright © 2016 by Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano | www.giunti.it
Texto: Daniela Palumbo
Traducción del italiano: Marta Cabanillas e Irene Oliva Luque

© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-327-7
Depósito legal: M-10981-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Andrea, que camina ligero.
Y... para Alessandro, Massimo, Stefano, Roberto
y todos aquellos a quienes el camino no les ha sido leve.*

Caminar presupone que a cada paso el mundo cambia en alguno de sus aspectos y también que algo cambia en nosotros.

ITALO CALVINO

DOS MESES ANTES DEL CAMINO

–¡Ahí está! No te des la vuelta, vámonos de aquí... Venga, ¿te quieres dar prisa, Vittoria? ¡Que no quiero encontrármelo!

Giorgia aceleró el paso considerablemente y casi se tropezó con las escaleras que la llevaban a la primera planta del instituto Primo Levi, donde estudiaba el bachillerato de humanidades.

–¡Tú estás tonta! Si andas huyendo todo el tiempo, ¿cómo va a fijarse en ti ese tío? Ya me dirás.

Vittoria intentó retener a Giorgia, sin éxito, y cuando las dos amigas, después de un tropiezo y un tirón de la chaqueta, llegaron a lo alto de las escaleras de la primera planta, apareció también él, el objeto de la disputa: Edoardo Serafini. Como de costumbre, iba a lo suyo y no saludaba a nadie. Ni falta que le hacía. Sabía que era el centro de atención.

Pasó al lado de Giorgia sin verla y subió una planta más, para entrar en el aula del último curso. En cuanto estuvo dentro, Giorgia lanzó un suspiro de alivio.

–¿Has visto? –le dijo a Vittoria con aire soñador.

–¿Qué tendría que haber visto? –respondió su amiga con la expresión de aburrimiento de quien habría preferido no oír lo que ya se esperaba.

–Las manos... estilizadas, suaves, blancas, perfectas. Preciosas.

En cuanto Edoardo Serafini desaparecía, Giorgia empezaba a soñar con él.

–Pues a mí me parecen unas manos femeninas, qué quieres que te diga –respondió Vittoria, echando por tierra toda la poesía.

–¡No! No quiero que me digas nada. ¡Tú no lo entiendes! –Giorgia estaba furiosa–. Si por lo menos entendieses algo de hombres, sabrías lo que significa que te acaricien unas manos como esas, que bajen por tu cuello y luego...

—Pero si ni siquiera lo miras a la cara, ¿cómo va a darse cuenta ese tío de que tienes cuello?

A Vittoria no le gustaba andarse con rodeos. Y mucho menos le gustaba ver cómo su amiga se perdía inútilmente en sueños vanos. Hacía siglos que le aconsejaba que llamase la atención de Edoardo. Pero Giorgia se escondía y continuaba soñando con él en silencio.

Último timbre. Las chicas entraron juntas en el aula del curso inferior al de Edoardo, como cada mañana. Las manos de Edoardo se quedaron fuera. El instituto es un sinvivir.

Vittoria sonreía, Giorgia estaba enfurruñada.

Nada nuevo bajo el sol.

SIETE SEMANAS ANTES DEL CAMINO

–Yo no voy, ni loca.

–No te pases, tú harás lo que digamos nosotros.

El tono de su madre había sido intencionadamente frío; estaba de pie delante del fregadero, enjuagando los platos. Le daba la espalda a Giorgia, que estaba sentada a la mesa. Su padre pelaba una manzana.

Era un domingo de mayo y acababan de terminar de comer. Los padres le habían anunciado a Giorgia que en verano, a principios de julio, harían una parte del camino de una antigua ruta de peregrinación, la Vía Francígena. A pie. Los tres. Juntos.

¿Por qué? ¿Por qué ir andando por caminos rurales con la mochila al hombro y durmiendo en albergues? ¿Por qué extraña razón a uno tendría que gustarle sufrir? Pero, sobre todo:

–¿Por qué tendría que ir yo también? –preguntó Giorgia fastidiada. Ya sabía cuál sería la respuesta de su madre.

–Porque somos tus padres, por eso –contestó la mujer. En su voz aún predominaba la frialdad. O eso parecía.

En realidad, Diana tenía miedo de equivocarse. Desde hacía algún tiempo, siempre acababan discutiendo con Giorgia; parecía que ella no buscara otra cosa. Y había empezado a rechazarlos como padres.

Hasta aquí, todo normal.

–A esa edad se rechaza a todo el mundo, hasta a uno mismo. No es seguro que el rechazo dure poco, ni tampoco que Giorgia encuentre pronto el camino de vuelta a casa mientras busca el camino para estar en paz al menos consigo misma –había explicado la psicóloga.

Diana lo sabía, ella había hecho lo mismo con su madre. Lo único es que Giorgia no era su hija biológica. La adoptaron cuando tenía tres meses. Así que el rechazo era más profundo. Pero, sobre todo..., ¿se le pasaría?

–Eso no es verdad. Vosotros no sois mis padres.

Llevaba días con la frase en la garganta. Apenas le dio tiempo a acabarla cuando una bofetada se estampó en su cara, pero no desde la dirección de su madre. Venía del lado de su padre, que estaba sentado junto a ella.

Giorgia no se la esperaba de él, pero no se alteró. En cambio, fue la madre quien se derrumbó.

Se desplomó sobre una silla, con los guantes de plástico chorreando agua y jabón. Los platos podían esperar. No lloraba, pero su voz sonaba apagada. No era propia de ella.

–¿Por qué, Giorgia? ¿Por qué? Nunca te hemos ocultado que fueses adoptada. ¿Por qué de buenas a primeras nos culpas de ello? ¿Ya no te sientes hija nuestra? ¿Qué intentas decirnos? ¿Qué es lo que ha cambiado?

Giorgia seguía callada. También su padre se había quedado con la cabeza gacha. No se sentía orgulloso de haberle pegado. Sabía que se había equivocado. Pero tampoco era justo que Giorgia los torturara de esa manera.

–No, esto no lo acepto –resolvió la madre con voz enérgica. Ahora volvía a ser la Diana de siempre–. No puedes quedarte sin decir nada, Giorgia. Llevas meses tratándonos como a extraños, te muestras altanera y arrogante, cada cosa que te decimos es la equivocada. Y si te pedimos que hables, no abres la boca. Qué cómodo, ¿no?

Giorgia levantó la cabeza y los miró.

–Seguís mintiéndome sobre mi madre biológica. Os pregunté qué fue de ella hace muchísimos meses, ¿os acordáis? Pero vosotros siempre me decís que no sabéis nada. ¡No os creo!

–Entonces es eso –dijo la madre suspirando.

Fue Davide, el padre, quien respondió.

–No sabemos más de lo que te hemos contado, Giorgia. Tu madre biológica te trajo al mundo y luego desapareció sin dejar rastro. Nunca ha querido reconocerte. No te puso ningún nombre, te

lo pusieron las enfermeras para registrarte, eso es lo que nos dijeron. No quería que la encontrasen. Debía de tener una situación complicada; tal vez era joven, no lo sabemos, pero nunca la hemos juzgado.

–¿Y mi padre?

–Él tampoco aparece en los documentos de adopción –prosiguió el hombre, tratando de ocultar la compasión que sentía por la hija. Sabía que, en aquellas circunstancias, Giorgia no habría soportado su compasión: era demasiado orgullosa.

–No me lo creo... ¡Es imposible que ninguno de los dos, después de tanto tiempo, nunca me haya buscado! ¡Que no hayan querido o ni siquiera hayan tenido la curiosidad de saber cómo soy, si me parezco a ellos, si soy como ellos! ¡No es verdad! –gritó Giorgia, y antes de escuchar ninguna respuesta, se levantó y se marchó de casa dando un portazo.

No era la primera vez que ocurría. Desde hacía algunos meses, las peleas y los portazos se habían hecho frecuentes.

–Ya no es la de antes –susurró la madre–. Nos odia.

–Mejor que nos odie a nosotros antes que a sí misma –respondió Davide, en un intento por tranquilizar a Diana. Pero provocó el efecto contrario.

–¡Siempre con estas frases que no significan nada! –replicó la mujer, exasperada–. En vez de eso, podrías salir corriendo detrás de ella y traerla a casa. Pero no, eso no se hace, ¿verdad?

–Yo ya te he dicho lo que opino, Diana: no sirve de nada correr detrás de ella cuando está tan mal. Debe pasar sus crisis, no podemos impedirlo. Forman parte de su proceso de madurez. Incluso te lo ha dicho Lorenza. Por lo menos a ella deberías hacerle caso.

Davide se puso a enjuagar los platos en silencio, acabando el trabajo de Diana. Ella se fue de la cocina y se encerró en el dormitorio. Se quedaron solos y separados. Esto también se había vuelto frecuente en casa de los Morini.

